

LA LUCHA DE CLASES

ORGANO DE LA FEDERACIÓN DE AGRUPACIONES SOCIALISTAS DE VIZCAYA
Y DEFENSOR DE LA CLASE TRABAJADORA

AÑO XI

Precios de suscripción.—España, 1 peseta trimestre; Ultramar, 1.25 id.; Portugal, 1.50 id.; otros países, 1.75 id.—Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo ó sellos de franqueo.

25 ejemplares, 75 céntimos

APARECE LOS SÁBADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: FERNÁNDEZ DEL CAMPO, 16
BILBAO, 23 DE ABRIL DE 1904

Puntos de suscripción.—En Bilbao en esta Administración y en provincias en las Agrupaciones Socialistas. La correspondencia de Administración a Facundo Pérezagua, y la de Redacción a Tomás Meabe.

Número suelto, 5 céntimos

NÚM. 492

LA GUERRA

A tal extremo llevaba el Cristo su horror a la violencia, que no vaciló en contrariar, por reprimirla, los más arraigados sentimientos de la naturaleza humana. No quiere que se defienda la propiedad, ni la persona, ni el honor. No quiere que se resista al mal y a la injusticia. La paz es en la tierra el bien supremo. Para los pacíficos será la bienaventuranza. Dios castiga á los violentos, y el que á hierro mata á hierro muere. Pues esa religión, una vez triunfadora, llenó el mundo de sangre y ruinas. Jamás hubo entre los hombres luchas tan enconadas como las luchas religiosas. Del siglo IV al XVII de nuestra era, la historia de la Iglesia es un combate no interrumpido, sin tregua ni reposo. El cristianismo no dió paz al mundo sino cuando ya no pudo darle guerra. Las dos mitades en que la Reforma dividió á la Iglesia, sólo dejaron de luchar cuando cada una de ellas adquirió el convencimiento de su impotencia para exterminar á su contraria.

Vino la revolución, que fué venir al mundo el amor de la justicia y el sentimiento del derecho. ¡Cuán humanitarias sus máximas! Su odio á la tiranía y al privilegio parecía nacer de su exaltación de amor humano. ¿No venía á redimir á los desgraciados y oprimidos? Ella proclamó los derechos del hombre. La fraternidad fué uno de sus grandes principios. Su espíritu cosmopolita, universal, es acaso la más preciosa de sus glorias. Pues la Francia revolucionaria, apremiada por la necesidad, hubo de combatir con toda Europa. Catorce ejércitos organizó la Convención para hacer frente á los enemigos de dentro y de fuera. De aquella revolución surgió luego el más grande genio de la guerra, uno de esos superhombres siniestros, azote de la especie, cuyo paso por el mundo ha dejado, como huella sangrienta, el sacrificio de millones de sus semejantes.

El industrialismo llegó después. ¡Ahora sí que se inauguraba para los humanos una era de concordia! Lo que no había logrado la fe ni los principios, la caridad ni el derecho, lo alcanzaron de los hombres la codicia y el interés. No es que la guerra sea impía ni inhumana; es que es loca, imbécil. El libre cambio debía anudar entre las naciones vínculos de solidaridad indestructible. Había que persuadir á las gentes de que el pelearse era ante todo un mal negocio. La vieja economía política, con su optimismo candoroso, algo rayano en la bobada, proclamó la armonía de los intereses. Hasta el gran Spencer señaló como un progreso social, propio de nuestro tiempo, la transformación iniciada en las sociedades del tipo militar antiguo al tipo industrial del porvenir. Pues Mac Kinley nos roba lo que es nuestro con propósito de abrir mercados. Para abrir mercados entran las potencias europeas á mano airada en el Celeste Imperio. Inglaterra echa la garra á las minas del Transvaal. Rusia y Japón se disputan la Corea. También el industrialismo ha fracasado como pacificador. Mercurio es buen amigo de Marte. El interés no ha resultado más eficaz que la convicción ó la piedad para poner fin á las humanas discordias.

Yo echo de menos á los teorizantes de la guerra, aquellos filósofos á modo de Hegel, que veían en ella el mayor propulsor del progreso y el gran resorte de la historia; aquellos fanáticos de la hechura de De Maistre, que entonaban himnos á la violencia; instrumento divino, según ellos, de los providenciales designios; aquellos técnicos de la escuela de Moltke, que defendían lo que constituye la razón de ser de su oficio. Ya no existen tales apologistas. El darwinismo, con su lucha por la existencia y su concepción del universo como el inmenso campo de la batalla de los seres, se erigió por un momento en una como filosofía de la fuerza, pero en breve, limitaciones á lo Spencer é interpretaciones humanitarias á lo Vaccaro, rectificaron tal sentido. Ya no se defiende la guerra,

pero se la practica. Y esto es lo grave. Mientras hay discusión hay esperanza. Cabe pensar que el mal se realiza por extravío de la mente y que, desvanecido el error, disipado el prejuicio, la razón triunfando en las conciencias, acabará por enseñorearse de los hechos. ¿Qué hacer ni qué esperar tratándose de gentes que declaran á la guerra bárbara, inicua, vitanda y aborrecible, y se ríen á mandíbula batiente de los utopistas, soñadores ó ilusos que pretenden acabar con la guerra?

De ser racional suelen calificar al hombre los filósofos, y hay en ello mucho de lisonja. Cuando menos el dictado es por extremo prematuro. Esclavo de una naturaleza brutal é inexorable, sujeto á la fatalidad de la muerte, amagado siempre por el infortunio que bajo mil formas le acecha, sumergido en el dolor como su ambiente natural, débil, desarmado, impotente, obligado á defender su vida en una contienda incesante, con el medio hostil y mortífero, en lucha eterna con la temperatura, con la enfermedad, con el hambre; ¿qué aconseja la razón á ese ser desventurado sino unirse estrechamente con sus compañeros de infortunio para sostener todos juntos, con mayores probabilidades de triunfo, el magno, el supremo combate de la existencia? En vez de eso, ciego y criminal, se hace el hombre el mayor enemigo del hombre. ¿No se dirá que, saciados de dichas, ahitos de felicidad, plétóricos de ventura, experimentan los humanos la nostalgia del mal, del dolor, de la miseria y de la muerte? Visto á la luz de la razón nuestro planeta, semeja un vasto manicomio que rueda en el vacío.

Nunca lo olvidaré. Era allá por el estío de 1896. Fondeaba en el puerto de Barcelona aquel bosquejo de escuadra que tuvo luego, en aguas de Santiago, tan funesto y trágico fin. Inmensa muchedumbre acudía á visitar los barcos. A bordo del *Oquendo*, un joven oficial hacía los honores del buque á una distinguida familia. Siguiendo las indicaciones del marino, una hermosa criatura, mujer apenas, de esbelto talle y gráciles y delicadas formas, daba vueltas á un tornillo con su manita enguantada. Y del enorme cañón de popa, una masa de acero del peso de varias toneladas se movía y giraba obedeciendo dócilmente al impulso de aquellos dedos de niña. Era tan vivo el contraste entre semejante maravilla mecánica y el uso bárbaro y cruel á que estaba destinada, que no pude menos de ver en ello un emblema del abismo que separa nuestro progreso material de nuestro moral salvajismo. ¿Le será dado acaso al hombre desafiar á la tempestad, contrarrestar los elementos, sojuzgar á la materia, esclavizar á la fuerza, triunfar de la naturaleza y no modificar sus instintos y moderar sus pasiones?

Tañaña insania, ¿no tendrá fin? Lejano se ve el remedio. Pensadores y publicistas poco pueden hacer en asunto en que la vida marcha divorciada de la idea y las convicciones no determinan la conducta. De los pastores del rebaño nada hay que esperar. El propio autócrata, al que se debe la iniciativa de las conferencias de la paz, hace ahora la guerra sin necesidad y casi sin motivo. Los estadistas que rigen los destinos de los pueblos, llaman á la humanidad sensiblería, y utopía al sentido común. El derecho de gentes ha experimentado en estos últimos tiempos una regresión atávica que le retrotrae á los anteriores á Grocio. El noble intento de Enrique IV, el generoso ensueño del filósofo de Kœnigsberg, están hoy más lejos de la realidad que en los días de la Santa Alianza. Protesta sería y eficaz contra la guerra sólo hay la protesta socialista. El socialismo ama la paz. Su carácter internacional forma la más perfecta antítesis con el jingoismo patrioter. Por interés de clase, que es en este caso interés humano, condena esas estúpidas colisiones en que los proletarios de distintos países son obligados á exterminarse mutuamente en provecho y servicio de sus opreso-

res. Quién sabe si la propaganda socialista no logrará algún día la consumación de la más fecunda de las huelgas; la huelga de dos ejércitos que, puestos frente á frente, arrojen las armas y corran á estrecharse en un abrazo fraternal.

Queda el feminismo. La mujer es enemiga de la guerra. Su naturaleza, fina y delicada, repugna las brutalidades de la violencia. Hecha para difundir la vida, abomina la labor de muerte. Mucho hay que esperar de su influjo cuando, redimida, coopere á su vez á redimir á la sociedad. Acaso sea la mujer la destinada á quebrantar, conforme al simbolismo cristiano, la cabeza de la serpiente,

ALFREDO CALDERÓN.

EN LA BRECHA

Y van...

He sido nuevamente encausado por el artículo «Atentados» aparecido en el último número de LA LUCHA.

Me alegro.

El papelucho de citación dice:

CAUSA POR INJURIAS Y CALUMNIAS Á LA AUTORIDAD.

¡No me... exciten ustedes á la rebelión!

Á LAS MUJERES

LA FIESTA DEL TRABAJO

Próximo ya el 1.º de Mayo, saludamos á la democracia socialista, rendimos homenaje á su admirable organización, y á la generosa lucha que, uniendo á trabajadores y trabajadoras de todos los países en un común esfuerzo, lleva tan valientemente, á fin de dar al trabajo el lugar que de derecho le corresponde en las relaciones humanas.

¡Cuántos viejos prejuicios, cuántas ideas falsas, cuántas injusticias subsisten aún respecto al trabajo! Se lo divide en manual é intelectual, de dirección y subalterno, de mujeres y de hombres. Estimase desigualmente estas diversas clases de trabajo; se las concede, según las ideas corrientes, más ó menos valor en dinero, más ó menos honores ó desprecios. ¡Ilusiones, errores, calumnias creadas para mantener el privilegio de una minoría, para explicar iniquidades, para excusar miserias, para justificar los crímenes y los sufrimientos que resultan de la organización contemporánea!

Trabajadores del músculo ó trabajadores del cerebro, hombres ó mujeres, todos aquellos que útilmente laboran por la colectividad, tienen derecho al respeto de todos y á una justa remuneración.

Por el contrario, aquellos cuya actividad no tiene otro objeto que el provecho personal á costa del semejante, aquellos que en sus miras egoístas colocan el trabajo ajeno bajo su dependencia, son perniciosos para sí mismos y para la sociedad. Por culpa de ellos, el trabajo, en lugar de ser rodeado del respeto universal, se halla tristemente despreciado: por ellos el trabajador sufre tantas innúmeras injusticias.

He aquí por qué nuestras reformas econó-

micas y nuestros afanes revolucionarios tienden á que los medios de producción y los instrumentos de trabajo sean no de unos cuantos, sino colectivos.

La producción debe encaminarse en primer término á satisfacer las necesidades de todos. Así el trabajo será necesariamente apreciado en todo su valor y sublimado al más alto sitio, pues que el bienestar y el desarrollo de la civilización dependerán casi por entero de la calidad del trabajo.

Habrà de comprenderse entonces que para el trabajo manual, cualquiera que sea, es indispensable el trabajo intelectual; y que, por otro lado, el trabajo intelectual—rebusca ó invención—no puede cumplirse sin la ayuda del trabajo físico. Entonces la distinción entre el trabajo del hombre y el de la mujer, será considerado como un viejo resto del pasado, como una invención buena solamente para permitir á los privilegiados especular sobre la baja de los salarios, y apropiarse al más bajo precio posible el trabajo de otro.

**

A cada cual su tarea, según sus aptitudes y sus facultades; á todo trabajo, su justa remuneración; el derecho á la vida, siempre en pie: he ahí lo que la justicia exige.

Los hombres débiles y pobres no deben realizar trabajos superiores á sus fuerzas, so pretexto de que son hombres y pobres. Las mujeres bien portadas, fuertes y ricas no deben ser condenadas á la inacción ó á la pereza porque posean dinero y pertenezcan al sexo femenino. Estos y otros contrasentidos de la organización capitalista deben desaparecer si queremos poder hablar un día de felicidad y de paz.

**

Cuanto más reflexionamos en la cuestión del trabajo, más se fortifica esta nuestra convicción: que el socialismo y el feminismo se interpenetran, se confunden íntimamente para no formar más que una sola é idéntica cuestión.

No podrá el uno realizarse sin la ayuda del otro. No habrá justicia sobre la tierra sino el día en que hayan desaparecido las desigualdades de clase, y los prejuicios, las costumbres y las leyes que todavía mantienen á la más numerosa mitad del género humano, es decir, á las mujeres, en la inferioridad y la opresión.

**

Que la fiesta del 1.º de Mayo resuene en los corazones de todas las mujeres conscientes de sus deberes y de sus derechos, como un canto de despertar y de esperanza, como magnífica llamada á una vida más humana.

Madres: abandonad en ese día de regocijo y de protesta vuestras casas. Venid á honrar con vuestra presencia las gigantes manifestaciones del pueblo laborioso que pide respeto, justicia y libertad á cambio de su trabajo. Vuestros hijos os bendecirán en lo porvenir.

Mujeres y niñas: venid todas.

Vosotras más que nadie seáis entusiastas y valientes en la conquista de vuestras reivindicaciones, pues que soís las más esclavas. Mostrad que también vosotras queréis ayudarnos en la obra hermosa de instaurar una

sociedad mejor, en la construcción de la «Ciudad Nueva».

**

La Naturaleza adorna ya la tierra de verdura y de flores, promesas de futuras cosechas.

Que el pueblo de los trabajadores, que la humanidad creadora, se adorne asimismo, en esta fiesta de primavera, de grupos de mujeres y de niñas.

Así se encontrará simbolizado el pensamiento de que todos, hombres y mujeres de buena voluntad, deseamos ver en un porvenir próximas destruidas las injusticias, desamores y desigualdades, y utilizados los bienes de la tierra para la felicidad común.

Fiesta del Primero de Mayo, gran fiesta del trabajo: nosotros te aclamamos con alegría. Que todos los esfuerzos se unan para realizar la idea que tú glorificas: ¡Honor a todo trabajo! ¡Justicia a todos los trabajadores!

La guerra reúne en sí todo lo que la perfidia tiene de falso en los manifiestos, todo lo que la infame picardía tiene de más vil en el aprovisionamiento de los ejércitos, todo lo que constituye la esencia del banditaje, el saqueo, la violación, el robo, la devastación, la ruina.

Conozco el derecho de la paz, que consiste en cumplir la palabra, en que todos los hombres gocen de los derechos de la Naturaleza; pero desconozco el derecho de la guerra. El código del asesinato me parece una imaginación extraña. Espero que se nos dé pronto la jurisprudencia de las cuadrillas de bandoleros.

VOLTAIRE.

Los deberes del soldado

La jura de la bandera

Llega en un carruaje un hombre de larga melena, vestido de un modo diferente de los demás y se acerca a la puerta de la municipalidad. El policiazo le abre paso entre la multitud. Es el «padre», el sacerdote que viene a hacer prestar el juramento. Este hombre, a quien le han hecho creer que es el servidor particular y exclusivo de Cristo, y darse cuenta de la mentira que le rodea, entra en la sala del Consejo, donde los reclutas lo esperan. Y echándose al cuello una estola llena de adornos, abre ese mismo Evangelio que prohíbe los juramentos, toma la cruz, pone ambas cosas sobre el atril, y todos esos infelices, inermes y engañados, repiten junto con él la mentira que pronuncia con un tono franco y habitual. El lee y ellos repiten: «Prometo y juro, en nombre de Dios omnipotente y de su santo Evangelio... etc.» defender (con el asesinato, se entiende) a todos los que se me designen y hacer todo lo que se me ordene por hombres que yo no conozco y que tienen necesidad de mí para oprimir a mis hermanos y cometer las maldades que los mantienen en su posición.

Todos los reclutas repiten estúpidamente esas palabras. Luego, el que se dice «padre» se va, convencido de haber cumplido conciencia y correctamente con su deber, mientras esos jóvenes engañados, víctimas de la más horrible mistificación, quedan con el convencimiento de que las palabras necias e incomprensibles que acaban de pronunciar, les eximen durante el tiempo del servicio, de todo deber humano, imponiéndoles otros más rigurosos, los deberes del soldado.

Y este acto se lleva a cabo públicamente, sin que nadie grite a los engañados y a los engañados: Reflexionad, esta es la más vil y pérdida de las mentiras, que pierde vuestro cuerpo y vuestra alma.»

La instrucción

Por dos ó tres semanas permanecen los reclutas en sus casas, durante los cuales se embriagan casi sin tregua. Después, en el día fijado, son acorralados como una majada, y se empieza a enseñarles los ejercicios militares.

Los instructores son hombres como ellos, que han sido engañados y embrutecidos algunos años antes. Medios de instrucción: la mentira, el embrutecimiento, los azotes, el aguardiente. No es necesario más de un año para que esos jóvenes, sanos de cuerpo y espíritu, inteligentes, buenos, se conviertan en otros tantos salvajes como sus instructores.

—¡Y bien! ¿si tu padre, preso, quisiera huir?—preguntó a un joven soldado.

—Lo traspasaría en la bayoneta—me con-

testó con esa voz estúpida que es especial en los soldados,—y debería hacerle fuego si llegara á escapar,—agregó visiblemente orgulloso de saber lo que debía hacer en caso de que su padre huyera.

Entonces, cuando el niño ha llegado á descender más bajo que una fiera, se convierte en lo que debe ser para los que lo emplean como instrumento de violencia. El está pronto. El hombre ha desaparecido, y una máquina de opresión ha quedado en su lugar. Y todo esto se comete todos los años, en todas partes, en toda la Rusia, en pleno día, en medio de la ciudad, á vista y á sabiendas de todos, sin que nadie, aun reconociendo en el fondo del alma toda la insidia y el horror de este hábil engaño, pueda emanciparse de él.

LEÓN TOLSTOY.

TU FIESTA

Ya llega el Primero de Mayo. Reflexiona, trabajador de nervudos brazos y ancho pecho, reflexiona en lo que esa fiesta simboliza.

Sano estas ahora, y, mal ó bien, te las arreglas para mantener á los tuyos.

Pero, ¿y cuando caigas enfermo? ¿Te asusta pensar en ello? Haz memoria y verás cuántos y cuántos de tus compañeros, tan fuertes como tú, han caído.

Es que esas doce horas de mortal tarea, mutilan y entisanan, roban resistencia al cuerpo contra el calor y el frío, ahuyentan el sueño que repara, envenenan tu sangre, te hacen amar la excitación alcohólica, te cierran las puertas de las hermosas sensaciones del Arte y de la Ciencia, te entigrecen, te degradan.

Amas la vida, y neciamente dejas que te la abrevien y amarguen. Te maltratan en la carne de tu carne, en tu derecho de vivir, en tu necesidad de amar y tu instinto de gozar, y ni despiertas con magnífico despertar de rebelión, ni exiges vida, ni sintiéndote, al fin, cristo de tí mismo, salvador de tus propios hijos, alzas tu frente sino á un dios que desampara á los humildes, que consiente las iniquidades de la tierra, que permite las toses secas de tus pequeñuelos denutridos.

No lo eches en olvido: es la salud tu mejor joya y tú la vas perdiendo sin protesta. Y no culpes cómodamente al patrono: obligación más directa tienes tú que él, de defender tu propia vida. La fiera defiende noblemente, á dentelladas y á zarpazos sus cachorros; tú tienes mejores armas que los dientes y las zarpas, y no obstante, te acocinas con los tuyos y sucumbes sin lucha junto á ellos. ¿Es que te falta la nobleza y la ternura de la fiera?

Acabo de citarte el caso de que la enfermedad te ate al lecho. ¿Y cuando no tengas trabajo? ¿Pobre de tí entonces! ¿Recuerdas lo que sufriste, lo que vagaste, lo que mendigaste, como si para pedir trabajo fuera preciso irse con la cabeza gacha, atenuado por el hambre, aguantando desprecios y negativas brutales y miradas insolentes?

¿Y cuando seas carne cansada, cuando seas viejo y débil? Nadie se acordará de tí. Tus brazos flojos, tu cerebro marchito, no se cotizarán ya en el mercado industrial. Alguien te dará una humillante limosna. Tus patronos estarán muy ciertos de haber pagado tus servicios con tres pesetas diarias, y añadirán el chiste repugnante de que bien pudieras haber ahorrado para la vejez. La miseria se apoderará de tu hogar, y con ella la discordia, la violencia atávica, el triste luchar de hombres inferiores.—La inseguridad del pan de mañana, que es el sello de nuestro régimen, ahuyenta hasta el calor del cariño filial, nos vuelve cobardes, solapados y embusteros.

Reflexiona, sí, reflexiona, que buena falta te hace. Mira las cárceles llenas de hijos de obreros á quienes la sociedad no educó, ni instruyó, ni dió pan, ni aun trabajo. Mira las casas de prostitución. ¿Tienes hijas? ¿No sabes lo que son las hijas de muchos de tus hermanos de desgracia? ¿De dónde sale sino

del proletariado la carnaza mercenaria? ¿Está la miseria tan cerca de los lupanares y de los presidios!

No te entristezcas por esto que te digo. Con entristecerse nada se hace. Lucha por la redención de los despojados, que es la tuya, y esa lucha te dará una alegría que jamás sentiste. Hala, compañero. No sabes lo hermoso que es elevar la frente y unir nuestro canto al canto de las rebeldes muchedumbres. Entonando un robusto himno á la vida, debes marchar con ellas hacia una humanidad sin esclavos y sin castas.

Ya llega el Primero de Mayo. Verás por las calles á muchos de tus compañeros yendo del brazo y cantando tras rojas banderas. Pregúntales qué significan sus banderas y sus cantos y sus protestas, y te contestarán: Significan, preludian una nueva era de soberanía del trabajo, no de ese trabajo que hoy mutila y entisica y acorta la existencia; no de ese trabajo largo y enervante que sufre desprecios y miradas altaneras de los haraganes que abandonan cruelmente á la carne cansada; no de ese trabajo insensato que origina horribles crisis, luchas feroces, contiendas internacionales; no de ese trabajo que roba á inocentes criaturas los besos, los mimos, el caudal inmenso de ternura de las madres, arrancándolas del hogar para que produzcan ganancia ajena allá en la fábrica; sino del trabajo que eleva, que fortifica, que es virtud, que tiende, sobre todo, á satisfacer las necesidades de todos, que efectiviza el más sagrado de los derechos: el derecho de vivir como seres humanos.

¿Qué de bellas concepciones, de nobles ansias, de aspiraciones bondadosas, glorifica esta nuestra fiesta de primavera y de esperanza!

¿No has visto alguna mañana, al ir á tu tarea, enrojecidas las nubes orientales, sobre todo allí por donde ha de surgir el luminar del mundo? Dirige tu mirada al ejército de los laboriosos, oriente del sol de justicia, y contemplarás un espectáculo de sangre. En ella se los ahoga á los más bravos y honrados de tus compañeros, aquellos que sienten hermosas rebeliones ante el dolor inmerecido.

En ella bullen como autómatas los soldados, mejor dicho, los proletarios de Rusia y el Japón corriendo á entremetarse por intereses que no son los suyos. En ella acallan sus gemidos y protestas los hambrientos heridos por el plomo de los mausers manejados por hermanos. Y los sacerdotes de aquel judío que dijo: «¡Ay del que ensangrienta la tierra!» siguen ocupando lugar predilecto entre infames bayonetas, y exigiendo de los jóvenes obreros, de caras bonachonas, novatos aún en el arte de matar al prójimo, un horrible juramento en nombre del dios de los católicos, allá cuando entre rezos y gestos se jura una bandera de dos ó tres colores. ¡Siempre del lado del fuerte, siempre atizando rencores patrióticos ó religiosas esas gentes á quienes el dulce Jesús llamara buitres carniceros!

Tú debes unírte á los que luchan por la bandera roja, de trabajo, paz y amor; debes portarte como buen hijo de la afligida familia proletaria; debes acelerar el advenimiento de una humanidad regenerada, de un régimen de cooperación, de identidad de intereses y de fines.

**

El Montjuich capitalista está al caer. Prepárate, obrero, capacítate para una sociedad nueva. Tú no tienes interés en que la explotación continúe. Sin hacer caso de los lobos disfrazados que te hablen de imposibles armonías, ven á nosotros. El capitalismo es un atentado contra natura. Debe, pues, morir.

Abandona el día de la Fiesta del Trabajo tus tareas y acude con tu mujer y tus hijos á nuestras modestas veladas, á nuestras entusiastas manifestaciones públicas. Y si por el camino encuentras á alguno de esos que lla-

manintelectuales, «almas avanzadas del porvenir», cógele del brazo y dile:

Tú, con nosotros. «La élite debe ser para la democracia como una hermana mayor que se sacrifica»...

TOMÁS MEABE.

En la asamblea celebrada el día 17 por la Agrupación Socialista bilbaína, se acordó por unanimidad adherirse á la fiesta organizada por los elementos liberales para conmemorar el XXX aniversario de la liberación de Bilbao.

En la manifestación cívica del 2 de mayo irán los concejales socialistas y el Comité de la Agrupación, representando á nuestro Partido.

Invitamos á todos los correligionarios á que acudan al mencionado acto.

CUENTO

Un cura ¡vaya un cura que sería! estaba predicando cierto día en una pobre aldea, de cuyo nombre ni aun conservo idea, y á voz en grito con furor clamaba contra los feos vicios que en el lugar causaban mil perjuicios: y queriendo inquirir la causa ignota de tal calamidad, una pelota que usaba en el trinquete, del bolsillo sacó, y de este modo al auditorio habló:

«Quiero saber quién es el desgraciado que las iras de Dios ha concitado sobre este pueblo escaso de ventura. Esta pelota tiro, dijo el cura, y aquel á quien le toque, ese será el malvado que provoque la venganza divina.»

Y con una intención la más ladina, la pelota tiró,

que por fortuna al suelo no llegó; pues dando en la cornisa, de rechazo rebotó sobre el pecho del padrazo, quien exclamó con voz bastante alta: «¡Señor, esta no vale; ha sido falta!»

Por eso, lector mío, te decía que valiente presbítero sería.

EDUARDO DE INZA.

LIBERTAD?

... Libertad del trabajo! La invocó hace poco, como hablando de cosas santas, un personaje de altura.

Pero, ¿es que no se fijó en que esa pretendida libertad de los dos contendientes, capitalistas y obreros, no existe; en que tras la libertad de no trabajar, reconocida al obrero, está el infierno del hambre, los estómagos sintiendo horribles mordeduras, el hogar sin lumbre, la caquexia de los hijos, la prostitución de las hijas, y todo, todo ese caudal lúgubre de argumentos que convencen al obrero de la injusticia con que el capital procede cuando se reserva una parte por la adquisición ó arrendamiento del terreno, otra por la erección de la fábrica, otra por la compra de maquinaria, otra por la elección de dirección técnica, otra por los impuestos—con su fraude correspondiente—y tantas otras por otros tantos sacrificios? ¿Es que no ha advertido cuánta es la injusticia de los que refieren á esa mentida libertad la virtud curativa de las miserias sociales? Es que la libertad ha de seguir siendo la Celestina de las iniquidades presentes, como lo fué antes la excelencia de la sangre ó el derecho divino?

¡Libertad, Libertad! ¡Con qué juguetes se entretiene á los hombres!

Es lo que dirán los que explotan al obrero en las inmundas barracas del monte: «¿Acaso privamos á nuestros alistados de preferir el «Hotel de Inglaterra» ó el «Hotel Antonia» á nuestros cubiles? De par en par tienen abiertas las puertas de aquellos y el agujero de nuestros barracones; libres son de buscarse alojamiento en aquellos ó en estos: que no será la acción gubernamental la que se lo prohíba. Son ellos mismos los que carecen del sentido del *comfort*, y en completa libertad de elegir, prefieren la vida de bestias á la existencia de hombres!»

